

MARTHA CHÁVEZ,
La memoria corre a mil,
Quito, Ministerio de Cultura del
Ecuador, 2008.

Un libro llega a mis manos y me comprometo con la amiga en presentarlo. Lo primero que encuentro es una frase que aún resuena en mi mente: el jurado “otorgó el Tercer Premio en el género de novela a *La memoria corre a mil*, de Martha Chávez Negrete, por la sencillez de la escritura y la intertextualidad con *Cinema Paradiso*”. Un guiño cultista, pienso yo, lo que me atrevo a indagar como lector privilegiado de Martha, a quien reconozco como una de las voces más significativas de la actual narrativa ecuatoriana.

Pero cuando ingreso en la novela encuentro aspectos que no pueden ser contenidos ni explicados en tan escueto veredicto. Lo que hallo es un vocinglero, un estallido de voces que pugnan por salir y hacerse un lugar en la memoria. Son hombres y mujeres que encuentran en la pluma de Martha un lugar seguro para liberarse de su condición de personajes creados, es decir, sujetos de ficción que nacen y mueren en las páginas blanquecinas de una historia que escapa de su autora, porque cuando entrega los originales del texto para su edición, ya no le pertenece.

Martha Chávez Negrete, en *La memoria corre a mil*, su primera novela, parece declarar que la realidad ficticia no se explica, solo se narra por la inevitable manía de contar. “¿Y cómo termina la película?”, pregunta insistentemente una niña y luego joven, a su memorioso tío Antonio, quien única-

mente responde a través de las secuencias del cinema: esos seres familiares que inundan la memoria de tardes y noches, en familia o a solas, hablando desde el silencio, como una aparición, más allá del oscuro telón de la pantalla.

Acaso seres fantasmales pueblan los senderos de la memoria de los hipermnésicos, extraño término que define el estado en que “la memoria corre a mil, ofreciendo una visión panorámica de la existencia, que a la vez cubre el más ínfimo detalle como una sucesión desenfadada de toda la vida, producida con frecuencia en condiciones cercanas a la muerte”; o quizá esquizofrénicos que albergan diversos personajes, insólitas historias y actitudes frente a ese “lugar” que a unos atrae y a muchos sobrecega: la muerte.

Por ello, los personajes nómadas de *La memoria corre a mil* –pues la sensación del lector es que están en viaje permanente– inventan y experimentan hipermnesias que los llevan a recordar hasta lo más mínimo de su existencia, especialmente recuerdos que los “marcan”, agradables o no, en su historia y vida personal. Así, el pandillero y drogadicto volverá a excitarse acordándose de “la chuchota de la puta”: “y cuando se me paró de una, todito pero en orden, desde que me meaba los pantalones hasta que me los bajaba la gatita de la Consuelo”; o el abogado magnate recordará “las clases en Oxford y luego Harvard, el día en que abrí el bufete, el primer caso que gané [...] y luego los viajes, la construcción de nuestras casas, los planos de los arquitectos, los cargos públicos, los niños y sus bautizos en el

club, la asesoría en la Presidencia...”, es decir, todo lo “digno” de ser recordado, según el talento, marco social y horizonte de expectativas del “paciente”.

Historias entrelazadas, situaciones ambiguas, ciudades que aparecen y desaparecen en el tiempo, calles, parques y edificios que se alargan y estiran, como en una caricatura vanguardista, al estilo de Kanela o Guillermo Latorre. Por las galerías lingüísticas de *La memoria corre a mil*, desfilan Henry Miller, Robert de Niro, Funes el Memorioso y otros personajes, ficticios o no, al vaivén de una música bien orquestada por el ritmo equilibrado de la voz, que, con ironía, matiza la tensión de las historias clínicas de los hipermnésicos, elevados en un zigzag de imágenes que, como en el cinematógrafo, desfilan sin cesar.

En *La memoria corre a mil*, la percepción de lo ficticio se ve trastocada por la realidad y no al revés. Por eso, los personajes actúan naturalmente, envueltos en un aura de ficción que nunca acaba. Esa levedad no es insostenible, sino necesaria para desenvainar los recuerdos que, como punzones, se incrustan en uno de los personajes, cuando siente “apenas reflejos extraños dentro de aquellos cristales, como el de un hombre pequeñito que encendía una vela tras otra, para alumbrar con ellas la silueta del paréntesis”. Frases, estas últimas, que aluden a una onírica reminiscencia o sugieren un “cadáver exquisito”, no sin que antes la voz narrativa aclare que “la hipermnésia es un fenómeno de la memoria, de ninguna manera algo onírico”. Digna aclaración propia de un médico como el doctor Manosalvas,

quien destinó a sus alumnos a hacer trabajos de campo sobre la “experiencia límite”, para profundizar en el conocimiento de su acercamiento personal al fenómeno, por un intento de suicidio.

Los protagonistas que viajan al pasado, sea recordándolo o viviendo sensaciones extremas, vuelven transformados y reinventan su presente. Es así como se cierne un paréntesis en el tiempo y brota una gran interrogación: ¿búsqueda metafísica, anhelo de trascender?... , lo incierto acontece en palabras como estas: “a veces hay que volver a las explicaciones primeras, a la búsqueda de alguna”, quizá porque no hay certezas en ese querer inventarse diferente, a partir del recuerdo de lo que sucedió, pero también de lo que pudo ser.

En ese momento, un cierto aire de nostalgia se pasea por la novela de Chávez. Y el recuerdo de ciudades lejanas, allende una década de cambios, vuelve: “No bastarían para recordarle que era habitante de una ciudad donde el teatro callejero gritaba para todos y la plaza tenía muchos espacios, ofreciéndose uno tras otro sin preguntar quién lo toma. El final era otro, con las risas sobre ella y los derechos de la plaza pisoteados, quizás únicamente recuperables para los locos, los cuerdos destinados apenas a vestirse de absurdos”. Y la ciudad, ¿qué ciudad?, ¿Guayaquil, la de Clarita y otros “locos” del parque y el teatro callejero de viejas noches perdidas, en la 9 de Octubre? ¿Acaso es la de las plazas céntricas, almidonadas y bien presentadas, buscando transeúntes porque dos ordenanzas los obligan a actuar como “cuerdos”, a despecho de ser reprimi-

dos por “descamisados”? Esa ciudad, la “no ciudad” –por “no lugar”, siguiendo a Marc Augé–, la no habitada, intocable y lejana como un maniquí, ¿acaso es el Guayaquil que conocemos? Este filón de la novela, aunque tangencial, no deja de atraparme cuando recorro el capítulo IV y la voz narrativa se busca a sí misma, en un espacio urbano que tiene un malecón con “carretillas de madera”, donde encontrarse y convencerse “de que lo habido aún existía, justo en las calles y plazas de sus huidas, que se volvería visible si tan solo retornase, ya sin disfraz”, en clara alusión al tópico literario de *et in Arcadia ego*.

¿Ecos del cambio físico que experimenta una ciudad y de sus mutaciones socioculturales?, es posible. Lo cierto es que esta novela encierra, en código cifrado, un intralenguaje que nos ayuda a entender el paisaje movido y los desvaríos de los personajes, las visiones hipermnésicas y los escenarios “irreales”, la sensualidad del ritmo y los interminables encadenamientos de una cinta memorable, solo para decir –al igual que el “loco” que deambula, de la ciudad en el símbolo vacío–: “la plaza es mía, la plaza es mía”, y mía la novela, como sentí a esta epifanía de tiempos, imágenes y voces.

ÁNGEL EMILIO HIDALGO

RENÉ JURADO,
Rimmel,
Quito, Eskeletra, 2010.

Es el año 78 del siglo pasado. Un grupo de aspirantes a poetas nos reunimos religiosamente todos los sábados en un bar de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central del Ecuador o en un aula de esa misma Facultad o en la casa de Pepe Torres y su esposa Margarita, quienes de manera generosa acogen a ese tropel de seres desiguales que parecen (parecemos) salidos de un cuadro impresionista.

Entre esos jóvenes de rostros lánguidos y melenas ídem siempre asoman dos que, por edad y cercanía, parecen gemelos o al menos hermanos. Son el poeta Pancho Torres y el cuentista René Jurado. Después pasa la vida con su feroz aspiradora y de ese grupo solo quedan los recuerdos. Más de uno ha sido tragado por el fango, otros se han refugiado en países lejanos, otros, como yo, hemos adoptado una vida similar a la figura bíblica del judío errante, es decir que vamos y venimos de y a las tierras del Nuaymás (como decía el novelista Rivadeneira).

En uno de esos regresos me topo con Manuel Vicent, el novelista español, quien al presentarse, bromista como es, lo hace con el nombre de René Jurado. Dice que ha retornado de las Españas para quedarse instalado en las faldas que el Pichincha decora. Como prueba de su existencia me extiende un libro de tapa atractiva al que ha titulado: *Rimmel*. Abro la contratapa y, no hay nada que hacer, aparece ese mismo joven que hace treinta años